

Abril Medina

Guadalajara, 22 de Marzo de 1985. Autora de los libros: *De amarillo a jueves* (junio de 2007. Ed. Paraíso Perdido. Guadalajara, Jal. Mex) y *Cualquier abismo se parece al útero* (septiembre 2008. Ed. Baile de sol. Tenerife, España). Ha participado en diversos encuentros de poesía tanto en el interior como en el exterior de la República y su trabajo ha sido incluido en 10 antologías, tres catálogos y diversas publicaciones nacionales e internacionales. Ha sido traducida al inglés, catalán y alemán. Ha formado parte del consejo editorial de las revistas: Reverso, Masmédula y Prisma Volante.

1

Nunca he sentido más deseo para el disparo
la detonación
los campos viejos y minados o invertidos de la cama
que en esta hora de accidental armisticio

*para usted me arrepiento
como se arrepiente un monstruo de sus actos de bondad.*

Pero adentro de ti hay un niño –dices-
 atemorizado y dócil
 eres el gran aparato del diablo
 y afuera te burlas como *defectible* cínico del accidente ajeno
 sólo para conectarte con más gusto la botella porque eres el incendiario más
 húmedo y con la verga menos muerta
 -oh pero adentro, es cierto- sugieres, -hay un niño enfermo y atormentado-
 Eres el vástago *infracolérico* que sólo intercambia insultos con personas
 calificadas
 e improvisa categorías de ingenio
 que le parecen originales o destacables

-pero ahí –dices - al fondo, hay un niño herido esperando que le abracen
 (porque es muy pequeño y suave)
 ya sin las oficialidades del hombre irascible,
 ese que vocifera virtud arrogancia
 a la cara de algún ingenuo, donde le ha parecido;
 florece una vagina al calce de la nariz.

Pero dentro, claro, quietecito y hambriento hay un niño que no juega nunca
 -no te hará daño-
 insinúas
 -no te hará daño-

Negociamos esta espuma con la infancia
y abandoné
eso que quedaba de maternidad en mis siete madres
un último diente de leche fue sepultado entre piedras
y me corté las uñas yo princesa de los perros
y oscureció mi oído hasta la más dura ceguera
y recibí la sangre blanca de la teta de los hombres
a final de cuentas, dije
nada tiende al dolor cuando se educa el alma.

No era el frío
no
ni la descortesía del aire que transfigura nuestras quietudes
nada había
en aquel ahogado que no fuéramos nosotros
callando como peces
a la orilla de su propio anzuelo
tu necesidad esbelta junto a la mía
suturando apenas mi discurso descastado
reducido a la mínima obertura del tibio hocico
esta arritmia sigilosa
arritmia
disforia

de tu silencio al mío
hay sólo un disco girando en cabina
tocando para el ángel que fuimos
esa noche de pornografía sin voluntad.